

MARIO ESCOBAR



I
LUJURIA

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales, su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la *jet set* de Marbella parece estar detrás. Junto a la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y al mismo tiempo descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija.

Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

Índice de contenido

Agradecimientos

Primera parte: el Paraíso

1. Tostada
2. Mierda de gato
3. Felicidad
4. Jefa
5. Más mierda de gato
6. Cofradía
7. Playa
8. Alcazaba
9. Señor Gil
10. Perros
11. Constructor
12. Barco
13. El cartujo
14. La mujer policía
15. Hermanas

Segunda parte: Antes

16. No me quejo
17. Frío en Málaga
18. Mercadona

19. Puerto Banús
20. Bolsas de dinero
21. Mierda de perro
22. El ciclista
23. Mi niña
24. Bueno
25. Bonito

Tercera parte: Pecados capitales

26. Miedo
27. Esperanza
28. Desamor
29. El millonario
30. Los dueños
31. La finca
32. Cuidado con lo que deseas
33. Mujeres
34. Mierda de caballo
35. Huesos
36. Compañeros
37. Ayuda
38. Miseria
39. La noche
40. Lujuria

Epílogo

Sobre el autor

*A las madres sin las que el mundo
desaparecería en un momento.*

*A todos los que han perdido a un ser querido,
pero aún tienen la esperanza de recuperarlo.*

AGRADECIMIENTOS

A todos los hijos pródigos.

PRIMERA PARTE: EL PARAÍSO

1. Tostada

El eslogan «En Málaga nadie puede ser infeliz» había sido el reclamo para atraer a las masas de turistas que ahora inundaban la ciudad y la provincia entera. Era la misma propaganda que había utilizado Fraga Iribarne cuando fue ministro de Turismo bajo el régimen de Franco y que había conseguido que masas de trabajadores dejaran de abandonar el país para trasladarse a las costas de España. El abuelo de Amanda y Susana había sido uno de esos inmigrantes interiores. Su esposa y él habían dejado un pequeño pueblo llamado Montefrío, en la provincia de Granada, para ir a la tierra de la felicidad. Su padre, Marcos Romero, había logrado trabajar como recepcionista de hotel y al final de su vida se convirtió en director de la Fonda de las Cuatro Naciones, un local fundado por dos damas francesas a principios del siglo XIX. Tras quedarse viudo a los pocos años de que su mujer Clara diera a luz a sus hijas Amanda y Susana, el señor don Marcos dedicó el resto de su vida a las dos únicas cosas que amaba en el mundo, el hotel y a sus dos adorables gemelas.

Susana y Amanda, Amanda y Susana, no podían ser más distintas. Amanda siempre fue muy independiente, decidida y alocada, amante de lo prohibido y empeñada en comerse el mundo a bocados. Susana era católica, apostólica y sentimental. Presidente de su cofradía, dedicada en cuerpo y alma a las tradiciones, casada con Pascual, miembro numerario del Opus Dei. Amanda había estudiado Trabajo Social en Sevilla y se había casado con Arturo Rondal, policía municipal de izquierdas y protestante.

Mientras que Susana había tenido cinco hijos, Amanda había tenido una niña preciosa de pelo rubio y melancólicos ojos azules, Lucía, que había desaparecido en un parque de Málaga sin dejar rastro diez años antes.

«En Málaga nadie puede ser infeliz» se escuchaba en la radio mientras Amanda preparaba el desayuno. Le quedaban quince minutos para entrar a trabajar, pero en el ayuntamiento todo el mundo hacía la vista gorda y la puntualidad no era uno de los puntos fuertes de los malagueños.

Amanda sacó las dos tostadas con la punta de los dedos, sus uñas largas y rojas se calentaron demasiado y soltó el pan tostado, las dos rebanadas rodaron por el suelo y la mujer se desesperó.

—¡Joder, mierda puta! El karma otra vez.

En ese momento sonó el teléfono y la mujer miró pensativa los dos pedazos de pan, ya no podría echar sobre ellos el amargo zumo del olivo ni apretujar los tomates sacando ese maravilloso néctar de los dioses.

—Dime Soledad —dijo Amanda descolgando el viejo teléfono al que se aferraba como al juguete roto preferido de su hija desaparecida.

—La bruja viene hoy pronto, ya estás volando, guapa.

Amanda apagó el teléfono, tomó dos sorbos de café, se colocó los taconazos de color rojo y corrió por las escaleras del dúplex hasta el ascensor. Una vez más estaba ocupado por el jubilado del quinto, que parecía que vivía dentro.

—¡Mierda! —gritó mientras corría escaleras abajo intentando no romperse la crisma. Cuando llegó al recibidor y saludó a Renato, el conserje de setenta y cinco años, apenas le quedaba un poco de aliento.

—¿Otra vez tarde doña Amanda?

La mujer no le hizo mucho caso, casi odiaba tanto que la llamase doña Amanda, como si fuera alguna de las señoras fósiles del edificio, como que se metiera en donde nadie lo llamaba.

Amanda tomó la moto y salió disparada por las callejuelas hasta el edificio de los servicios sociales, un lugar medio destartado donde nadie había invertido desde hacía décadas. El flamante alcalde de la ciudad llevaba todo el siglo XXI sentado en la silla y lo único que le importaba era embellecer la ciudad, los pobres y los desfavorecidos se la traían al paio.

La mujer dejó la moto en la puerta del edificio y corrió por las escaleras, estaba casi llegando a su puesto de trabajo cuando se dio cuenta de que no había fichado, regresó sobre sus pasos y puso la huella, en ese momento entró su jefa y la miró de arriba abajo.

–Señora Romero, otra vez tarde, tendré que dar parte de la infracción y si continúa así, inhabilitarla.

Amanda se contuvo y respiró hasta diez, cosa que no le vino mal, ya que el corazón le latía a toda velocidad.

Subió las escaleras más despacio, dejó su bolso rojo sobre la mesa y se sentó.

–¿Te ha pillado la bruja? –preguntó su compañera Soledad. Ambas eran de la misma quinta, las dos divorciadas, activas y algo criticonas.

–Por un pelo, desde que han puesto lo de las huellas siempre me pilla.

–Tonta, tu huella ya la había puesto yo.

Amanda se dio un golpe con la palma de la mano en la frente, siempre se olvidaba que habían hecho unos moldes del dedo índice para fichar una por otra.

–¿Qué tal la noche?

–Una mierda, me ha vuelto el maldito insomnio, la gente no lo sabe, pero los días de diario, después de las doce de la noche, el mundo se convierte en un lugar confuso y temible. En la televisión comienzan los programas de juego, antes lo de los videntes al menos era divertido; si te metes en una red social te acosan los sátiros de la noche o las comadres del otro lado del charco. Mi única tabla de salvación es Netflix, pero últimamente las series parecen

hechas por colegiales progres recién salidos de una universidad en Portland.

–Pero eso es lo que te gusta a ti.

Amanda puso los ojos en blanco.

–Yo soy progresista no progre. Hay una gran diferencia.

–Sí, la misma que entre el ColaCao y el Nesquik.

–Tu basto paladar de ciudadanos no lo distingue, pero el sabor de uno y el otro ni se parece.

Se unió a la charla Milagros, una mujer alta de pelo rojizo, descendiente de irlandeses instalados en la ciudad hacía ya cuatro generaciones. Era algo *hippie*, vegana y animalista, pero más buena que un mollete recién calentado a fuego lento.

–Ya estáis dándole a la sinhueso.

–Estamos hablando en contra de la explotación del funcionariado y a favor de...

Amanda tapó la boca de Soledad y se dirigió a uno de los despachos para recibir a los usuarios.

–Hoy tengo mucho curro, agur, Salud y República –dijo levantando el puño en alto.

–Mira que eres rojaza –contestó Soledad y todas se echaron a reír.

Mientras miraba en la agenda quién era el primer usuario y comenzaba a leer el informe, notó cómo le rugían las tripas. A media mañana iría al bar de Paco para tomarse un pincho de tortilla y un vermut para tranquilizar el estómago.

El informe era de una cría de doce años desaparecida dos semanas antes, se llamaba Fátima y sus padres estaban buscándola desesperados. Odiaba aquellos casos, solían removerle las entrañas. A pesar de que habían pasado diez años seguía acordándose de su hija Lucia, de hecho esta tendría la misma edad que Fátima si estuviera...

No se atrevió a seguir pensando en todo eso, pero no podía evitar tener aún un rayo de esperanza. Cada año desaparecían en España la friolera de 17.000 menores, afortunadamente se resolvían la mayoría pero aún había una media anual de 1.750 casos que no se aclaraban. ¿Dónde estaban todos esos adolescentes que en su mayoría apenas tenían trece o catorce años? A nadie parecía importarle demasiado, ya que la mayoría pertenecían a familias humildes, en muchos casos de inmigrantes. Málaga era además la cuarta provincia con más desaparecidos de España, con más de trescientos casos activos y diez de ellos de alto riesgo.

Llamaron a la puerta y los mandó pasar. El hombre vestía de forma occidental y debía superar los cincuenta años, la mujer era algo más joven y llevaba la hiyab.

–Buenos días, pueden sentarse. He estado estudiando el caso de Fátima. Todo es muy extraño. Es una alumna modélica en primero de secundaria, cumplirá trece años dentro de poco. Jamás ha tenido un comportamiento extraño, tampoco amigas problemáticas. ¿Qué les ha dicho la policía?

–La policía no sabe nada –contestó la mujer.

–A la policía no le importa otra chica árabe. Nosotros somos argelinos, sabe, llevamos aquí treinta años, trabajé en la construcción hasta que una piedra me destrozó la pierna. Ahora cobro una mierda de pensión. Tú sabes todo eso, pero lo de mi hija no lo puedo soportar –dijo el hombre entre lágrimas.

–Lo entiendo.

–No, tú no entiendes –contestó el hombre.

–Crea que le entiendo, perdí a mi hija hace diez años.

Amín se secó los ojos con sus manos reseca y miró a la trabajadora social con otros ojos.

–Mi exmarido trabaja en la policía municipal, le pediré que me cuente lo que sabe y que la busque en los sitios habituales.

–¿Los sitios habituales? –preguntó la mujer.

Amanda no sabía qué responder.

–Mujer –dijo el argelino–, se refiere a los lugares de las putas.

–Mi hija es virgen por Dios –contestó la mujer.

Amanda puso su mano sobre la de Basima e intentó calmarla.

–La encontraremos, estoy segura, el noventa por ciento de los casos se resuelve.

–¿Qué sucede con el otro diez por ciento? –preguntó el hombre.

–Pensemos en lo mejor, para lo peor siempre hay tiempo.

La pareja se puso en pie, ahora era la mujer la que lloraba y el hombre el que miraba con su fría mirada a la trabajadora social.

–Les llamaré pronto, espero que con buenas noticias.

En cuanto cerró la puerta, Amanda se apoyó en ella y comenzó a llorar. Después se encaminó hasta su mesa, tomó el bolso, se plantó las gafas y se dirigió a la salida.

–¿A dónde vas alma de cántaro?

–Necesito comer algo –comentó ahogando las lágrimas debajo de las gafas de sol y salió del edificio recordando la maldita canción que sonaba mientras sus tostadas se caían al suelo: en Málaga nadie puede estar triste.

–¡Y unos cojones! –se dijo mientras recorría las limpias calles del centro, donde los malagueños intentaban ignorar que a pocos kilómetros de allí la vida se compraba y vendía por muy poco, por demasiado poco.

2. Mierda de gato

Susana tomó su preparado licuado de verduras de un espeso color verde, acababa de regresar del gimnasio, siempre iba en ayunas y no comía nada hasta después de ducharse en su casa. Vivía en Málaga Este en la zona El Limonar en una exclusiva villa con preciosas vistas. Su marido Pascual era el notario más importante de la provincia y provenía de una de las familias más pudientes de la ciudad. Se habían conocido en el colegio, ella con una beca de los curas y él como uno de los hijos del mayor donante de la escuela. Al principio le había parecido un señorito rancio de pelo engominado y bigotito pintoresco, pero poco a poco había descubierto su buen corazón. Era un hombre de fe, con principios y del que te podías fiar, eso le convertía en un poco rígido y algo seco, pero en el fondo tenía un gran corazón. Tenía seis hijos, cuatro niñas y dos niños, aunque había que reconocer que los partos apenas habían desfigurado su figura, estaba ahora más en forma que con veinte años.

La mujer entró en el cuarto de baño y se quitó el albornoz, su figura despampanante se reflejó de inmediato en el inmenso espejo y bajó la vista. Los miembros del Opus Dei tenían prohibido contemplarse desnudos para evitar tentaciones. Después orinó y se puso la ropa interior, un conjunto un poco atrevido para los cánones de su grupo. Después se maquilló levemente y se puso el vestido negro, austero, sencillo, pero que marcaba perfectamente sus curvas. Lo último que se colocó fue la mantilla. Aquel día tenía una reunión en la cofradía del Jesús Cautivo, se